

En tanto te quedarás yaciendo así junto a las corvas naves,  
y a tu alrededor llorarán día y noche vertiendo lágrimas  
las troyanas y las dardánidas, de esbeltos talles, 340  
que adquirimos con fatiga gracias a la fuerza y a la larga lanza,  
al saquear juntos pingües ciudades de miseras gentes.»

Tras hablar así, el divino Aquiles invitó a sus compañeros  
a poner al fuego una gran trébede, para que cuanto antes  
lavarán las ensangrentadas heridas del cuerpo de Patroclo. 345  
Pusieron bajo el voraz fuego la trébede para el baño,  
vertieron agua en ella, metieron leña debajo y la prendieron.  
El fuego abrazó la panza de la trébede y fue calentando el agua  
y en cuanto rompió a hervir dentro del cegador bronce,  
bañaron y ungieron su cuerpo con craso aceite 350  
y llenaron las llagas de unguento de nueve años.

Lo depositaron en un lecho y lo taparon con un fino lienzo  
desde los pies a la cabeza y encima con un blanco manto.  
Entonces toda la noche en torno de Aquiles, de rápidos pies,  
pasaron los mirmídones gimiendo y llorando por Patroclo, 355  
y entre tanto, Zeus dijo a Hera, su hermana y esposa:

«¡Después de todo, augusta Hera, de inmensos ojos, también  
has conseguido mover a Aquiles, de rápidos pies! Se diría  
que de ti misma han nacido los aqueos, de melenuda cabellera.»

Le respondió entonces la augusta Hera, de inmensos ojos: 360

«¡Atrocísimo Crónida! ¡Qué clase de palabra has dicho!  
Cuando hasta una persona es probable que cumpla sus propósitos,  
a pesar de ser un simple mortal y no conocer tantos ingenios,  
¿cómo entonces yo, que me tengo por la primera de las diosas,  
tanto por mi alcurnia como por poseer el título de cónyuge tuya, 365  
que eres quien reina como soberano de todos los inmortales,  
no debería urdir males contra los troyanos, si tengo rencor?»

Mientras ellos conversaban con tales razones,  
Tetis, la de argénteos pies, llegó a la morada de Hefesto,  
inconsumible, estrellada, excelente entre las inmortales, 370  
broncínea, que el propio cojitranco se había fabricado.  
Lo halló sudoroso, yendo y viniendo alrededor de los fuelles

- con prisas, pues estaba forjando veinte trípodes en total,  
para instalarlos en el contorno de la pared de la sólida sala.
- 375 Había colocado bajo la base de cada uno unas áureas ruedas,  
para que por sí solos entraran en la reunión de los dioses  
y de nuevo regresaran a casa: ¡una maravilla para la vista!  
Tenían la configuración definitiva, pero las primorosas asas  
no estaban aún adheridas: las preparaba y forjaba las grapas.
- 380 Mientras se afanaba en estos menesteres con sabia destreza,  
llegó cerca de él Tetis, la diosa de argénteos pies.  
Al salir, la vio Caris, la del espléndido velo,  
bella, con quien estaba desposado el muy ilustre cojitranco <sup>296</sup>.  
Asió su mano, le habló y la llamó por todos sus nombres:
- 385 «¿Para qué vienes a nuestra casa, Tetis, de largo vestido,  
venerable y querida? Antes no nos visitabas con frecuencia.  
Mas pasa antes dentro, que voy a servirte dones de hospitalidad.»
- Tras hablar así, la diosa de la casta de Zeus la condujo  
y le ofreció asiento en un trono tachonado de clavos de plata,  
390 bello y primoroso, con un escabel para los pies.  
Llamó a Hefesto, el ilustre artesano, y le dijo:  
«¡Hefesto, ven aquí! ¡Tetis te necesita para algo!»  
Le respondió entonces el muy ilustre cojitranco:  
«Temible y venerable es la diosa que honra nuestra casa,  
395 la que me salvó del dolor que me invadió aquella vez que caí  
lejos por voluntad de la perra de mi madre, que había decidido  
ocultarme porque era cojo <sup>297</sup>. Entonces habría padecido dolores,  
de no ser por Eurínome y Tetis, que me acogieron en su regazo,  
Eurínome, la hija de Océano, el que refluye a su fuente.
- 400 Con ellas pasé nueve años forjando primorosas piezas de bronce:  
broches, brazaletes en espiral, sortijas y collares,

<sup>296</sup> En la *Odisea* VIII 266 ss., así como en la mayor parte de la tradición posterior, Afrodita es la esposa de Hefesto, y las Cárites forman parte del séquito de Afrodita.

<sup>297</sup> Las alusiones a leyendas referidas a la expulsión de un dios del Olimpo, arrojado desde lo alto, son frecuentes en la *Ilíada*: véanse XIV 249, XV 18 ss. y, sobre el propio Hefesto, I 590 ss.

en la hueca gruta a cuyo alrededor la corriente de Océano  
 fluía indescriptible entre borbolleos de espuma. Nadie más  
 ni de los dioses ni de los mortales hombres estaba enterado;  
 sólo lo sabían Tetis y Eurínome, las que me habían salvado. 405  
 Aquélla es quien ahora llega a nuestra casa; por eso es mi deber  
 pagar íntegra mi redención a Tetis, la de bellos bucles.  
 Mas sírvele tú ahora bellos presentes de hospitalidad,  
 mientras yo dejo los fuelles y todas las herramientas.»

Dijo, y levantó su resoplante mole del cepo del yunque 410  
 cojeando, mientras las frágiles pantorrillas iban meneándose.  
 Apartó del fuego los fuelles, y todas las herramientas  
 con las que trabajaba las reunió en un argénteo arcón.  
 Con una esponja se enjugó el contorno del rostro y las manos,  
 el robusto cuello y el velludo pecho; y se enfundó 415  
 una túnica, cogió un grueso bastón y salió a la puerta  
 cojeando. Marchaban ayudando al soberano unas sirvientas  
 de oro, semejantes a vivientes doncellas.

En sus mientes hay juicio, voz y capacidad de movimiento,  
 y hay habilidades que conocen gracias a los inmortales dioses. 420  
 A los lados del soberano jadeaban, y éste con penoso paso  
 llegó cerca de Tetis y se sentó sobre un reluciente trono.  
 Asió su mano, le habló y la llamó con todos sus nombres:

«¿Para qué vienes a nuestra casa, Tetis, de largo vestido,  
 venerable y querida? Antes no nos visitabas con frecuencia. 425  
 Di lo que sientes. Mi ánimo me manda cumplirlo,  
 si es que puedo realizarlo y es susceptible de cumplimiento.»

Le respondió entonces Tetis, derramando lágrimas:

«¡Hefesto! ¿Hay alguna de cuantas diosas hay en el Olimpo  
 que haya soportado en sus mientes tantas luctuosas penas 430  
 como los dolores que Zeus Crónida me ha dado a mí sobre todas?  
 De entre las diosas marinas fui yo la subyugada para un hombre,  
 el Eácida Peleo, y tuve que aguantar el lecho de un mortal,  
 a menudo en contra de mi voluntad. Ahora, de luctuosa vejez  
 preso, yace en el palacio, pero para mí hay otros dolores. 435  
 Me concedió un hijo, al que alumbré y crié para ser

el más notable de los héroes, que pronto creció cual retoño  
—y yo lo crié como a la planta sobre la colina del viñedo  
y lo envié con las corvas naves hacia Ílio a luchar  
440 contra los troyanos— y ya *no volveré a darle la bienvenida*  
*de regreso en casa, dentro de la morada de Peleo.*

Y mientras dura su vida y contempla la luz del sol,  
está afligido y ni siquiera puedo ir y socorrerlo.

La muchacha que los hijos de los aqueos le reservaron en prenda  
445 se la ha quitado de las manos el poderoso Agamenón.

Se consumía las mientes afligido por ella, y los troyanos  
han ido acorralando a los aqueos junto a las popas sin dejarlos  
siquiera salir a las puertas. Le hicieron súplicas los ancianos  
de los argivos y enumeraron muchos regalos muy ilustres.

450 Él entonces se negó a defenderlos personalmente del estrago,  
mas permitió a Patroclo vestirse con sus armas,  
y lo envió al combate y además le procuró su numerosa hueste.  
Todo el día <sup>298</sup> se han batido alrededor de las puertas Esceas  
y hoy mismo habrían saqueado la ciudad de no ser por Apolo,  
455 que al valeroso hijo de Menecio, autor de grandes proezas,  
ha matado ante las líneas y ha otorgado la gloria a Héctor.  
Por eso ahora vengo ante tus rodillas a rogarte si quieres  
dar a mi hijo, cuyo hado es inminente, un broquel y un yelmo,  
unas bellas grebas, ajustadas a las tobilleras, y una coraza;  
460 pues lo que tenía lo ha perdido su leal compañero, doblgado  
ante los troyanos, y él yace en el suelo lleno de congoja.»

Le respondió entonces el muy ilustre cojitranco:

«¡Ánimo! ¡No debes preocuparte por eso en tus mientes!  
Ojalá pudiera esconderlo lejos de la entristecedora muerte,  
465 cuando el atroz destino le llegue, con la misma seguridad  
con la que puedo afirmar que tendrá una armadura tan bella  
que se maravillará de ella cualquier hombre que la vea.»

---

<sup>298</sup> En realidad, la lucha durante el día que comprende XI-XVIII no tiene lugar siempre junto a las puertas Esceas, sino más bien junto a las naves de los aqueos hasta el momento de la aparición de Patroclo.

Tras hablar así, la dejó allí y fue hacia los fuelles.  
 Volvió a colocarlos al fuego y los puso a trabajar.  
 Los fuelles, veinte en total, soplaban en los crisoles, 470  
 exhalando diversos soplos aptos para prender la llama,  
 a veces avivándola cuando tenía prisa y a veces al revés,  
 conforme al deseo de Hefesto y a lo que la labor demandaba.  
 Colocó bajo el fuego inflexible bronce y estaño,  
 valioso oro y plata, y a continuación 475  
 puso un gran yunque en el cepo, y, mientras con una mano asía  
 el potente martillo, con la otra sujetaba las tenazas.

Fabricó en primerísimo lugar un alto y compacto escudo <sup>299</sup>  
 primoroso por doquier y en su contorno puso una reluciente orla  
 de tres capas, chispeante, a la que ajustó un áureo talabarte. 480  
 El propio escudo estaba compuesto de cinco láminas y en él  
 fue creando muchos primores con su hábil destreza.

Hizo figurar en él la tierra, el cielo y el mar,  
 el infatigable sol y la luna llena,  
 así como todos los astros que coronan el firmamento: 485  
 las Pléyades, las Híades y el poderío de Orión <sup>300</sup>,  
 y la Osa, que también denominan con el nombre de Carro,  
 que gira allí mismo y acecha a Orión,

<sup>299</sup> A partir de este verso comienza la famosa descripción del escudo, cuyas representaciones serán descritas con detalle. Existe la posibilidad de que la descripción, siendo en lo esencial un producto de la imaginación poética, parta de la observación de algún ejemplar real. El tipo del trabajo del metal es posible que sea semejante al de las dagas micénicas que las excavaciones arqueológicas han dado a conocer. La forma del escudo descrito quizá toma como modelo los largos escudos cilíndricos «como una torre». Es más difícil imaginar la situación de cada escena representada en la superficie del escudo, pero no hay que descartar que el autor haya seguido en su imaginación la superficie, que quizá debemos imaginar a partir de las representaciones conocidas en la cerámica arcaica.

<sup>300</sup> Las Pléyades y las Híades marcaban respectivamente con su aparición el principio y el fin de la estación normal de navegación. La leyenda de Orión se relata en *Odisea* V 121 ss.

y que es la única que no participa de los baños en el Océano.  
 490 Realizó también dos ciudades de miserables gentes,  
 bellas. En una había bodas y convites, y novias  
 a las que a la luz de las antorchas conducían por la ciudad  
 desde cámaras nupciales; muchos cantos de boda alzaban su son;  
 jóvenes danzantes daban vertiginosos giros y en medio de ellos  
 495 emitían su voz flautas dobles y fórminges, mientras las mujeres  
 se detenían a la puerta de los vestíbulos maravilladas.

Los hombres estaban reunidos en el mercado. Allí una contienda  
 se había entablado, y dos hombres pleiteaban por la pena debida  
 a causa de un asesinato: uno insistía en que había pagado todo  
 500 en su testimonio público, y el otro negaba haber recibido nada,  
 y ambos reclamaban el recurso a un árbitro para el veredicto.  
 Las gentes aclamaban a ambos, en defensa de uno o de otro,  
 y los heraldos intentaban contener al gentío. Los ancianos  
 estaban sentados sobre pulidas piedras en un círculo sagrado  
 505 y tenían en las manos los cetros de los claros heraldos,  
 con los que se iban levantando para dar su dictamen por turno.  
 En medio de ellos había dos talentos de oro en el suelo,  
 para regalárselos al que pronunciara la sentencia más recta <sup>301</sup>.

La otra ciudad estaba asediada por dos ejércitos de tropas  
 510 que brillaban por sus armas. Contrarios planes les agradaban:  
 saquearla por completo o repartir en dos lotes todas  
 las riquezas que la amena fortaleza custodiaba en su interior <sup>302</sup>.  
 Mas los sitiados no se avenían aún y disponían una emboscada.  
 Las queridas esposas y los infantiles hijos defendían el muro  
 515 de pie sobre él, y los varones a los que la vejez incapacitaba;

---

<sup>301</sup> Cabe suponer que cada litigante ha depositado un talento, y que el total será para el juez que por las aclamaciones del auditorio emita el veredicto más justo.

<sup>302</sup> Probablemente la representación figuraba en el centro unas murallas y a cada lado un grupo de sitiadores para simular que la ciudad está rodeada. La distribución de los sitiadores en dos grupos puede sugerir la existencia de dos planes distintos.

los demás salían y al frente iban Ares y Palas Atenea,  
ambos de oro y vestidos con áureas ropas,  
bellos y esbeltos con sus armas, como corresponde a dos dioses,  
conspicuos a ambos lados, en tanto que las tropas eran menores.  
En cuanto llegaron adonde les pareció bien tender la emboscada, 520  
un río donde había un abrevadero para todos los ganados,  
se apostaron allí, recubiertos de rutilante bronce.

Dos vigías suyos se habían instalado a distancia de las huestes  
al acecho de los ganados y de las vacas, de retorcidos cuernos.  
Éstos pronto aparecieron: dos pastores les acompañaban, — 525  
recreándose con sus zamponas sin prever en absoluto la celada.

Al verlos, los agredieron por sorpresa y en seguida  
interceptaron la manada de vacas y los bellos rebaños  
de blancas ovejas y mataron a los que las apacentaban.

Nada más percibir el gran clamor que rodeaba la vacada, 530  
los que estaban sentados ante los estrados en los caballos,  
de suspensas pezuñas, montaron, acudieron y pronto llegaron.

Nada más formar se entabló la lucha en las riberas del río,  
y unos a otros se arrojaban las picas, guarnecidas de bronce.  
Allí intervenían la Disputa y el Tumulto, y la funesta Parca, 535  
que sujetaba a un recién herido vivo y a otro no herido,  
arrastraba de los pies a otro muerto en medio de la turba  
y llevaba a hombros un vestido enrojecido de sangre humana.  
Todos intervenían y luchaban igual que mortales vivos  
y arrastraban los cadáveres de los muertos de ambos bandos. 540

También representó un mullido barbecho, fértil campiña,  
ancho, que exigía tres vueltas. En él muchos agricultores  
guiaban las parejas acá y allá, girando como torbellinos.  
Cada vez que daban media vuelta al llegar al cabo del labrantío,  
un hombre con una copa de vino, dulce como miel, se les acercaba 545  
y se la ofrecía en las manos; y ellos giraban en cada surco,  
ávidos por llegar al término del profundo barbecho,  
que tras sus pasos ennegrecía y parecía tierra arada  
a pesar de ser de oro, ¡singular maravilla de artificio!

- 550 Representó también un dominio real <sup>303</sup>. En él había  
 jornaleros que segaban con afiladas hoces en las manos.  
 Unas brazadas caían al suelo en hileras a lo largo del surco,  
 y otras las iban atando los agavilladores en hatos con paja.  
 Tres agavilladores había de pie, y detrás había  
 555 chicos que recogían las brazadas, las cargaban en brazos  
 y se las facilitaban sin demora. Entre ellos el rey se erguía  
 silencioso sobre un surco con el cetro, feliz en su corazón.  
 Los heraldos se afanaban en el banquete aparte bajo una encina  
 y se ocupaban del gran buey sacrificado; y las mujeres copiosa  
 560 harina blanca espolvoreaban para la comida de los jornaleros.  
 Representó también un viña muy cargada de uvas,  
 bella, áurea, de la que pendían negros racimos  
 y que de un extremo a otro sostenían argénteas horquillas.  
 Alrededor trazó un foso de esmalte y un vallado  
 565 de estaño; un solo sendero guiaba hasta ella,  
 por donde regresaban los porteadores tras la vendimia.  
 Doncellas y mozos, llenos de joviales sentimientos,  
 transportaban el fruto, dulce como miel, en trenzadas cestas.  
 En medio de ellos un muchacho con una sonora fórminge  
 570 tañía deliciosos sonos y cantaba una bella canción de cosecha <sup>304</sup>  
 con tenue voz. Los demás, marcando el compás al unísono,  
 le acompañaban con bailes y gritos al ritmo de sus brincos.  
 Realizó también una manada de cornierguidas vacas,  
 que estaban fabricadas de oro y de estaño  
 575 y se precipitaban entre mugidos desde el estiércol al pasto  
 por un estruendoso río que atravesaba un cimbreante cañaverl.

---

<sup>303</sup> Dado que aquí se refiere al predio del rey, cabe la posibilidad de que la escena de arado anterior se refiera concretamente al trabajo de la tierra comunal.

<sup>304</sup> El texto indica que cantaban el *lino* (sobre cuya difusión geográfica, véase HERÓDOTO, II 79, 1-2), término de significado incierto (del que también un escolio informa que es una canción triste para los banquetes y coros); el contexto hace razonable el sentido que recoge la traducción.

Iban en hilera junto con las vacas cuatro áureos pastores,  
 y nueve perros, de ágiles patas, les acompañaban.  
 Dos pavorosos leones en medio de las primeras vacas  
 sujetaban a un toro, de potente mugido, que bramaba sin cesar 580  
 mientras lo arrastraban. Perros y mozos acudieron tras él.  
 Pero aquéllos desgarraron la piel del enorme buey y engullían  
 las entrañas y la negra sangre, mientras los pastores  
 los hostigaban en vano, azuzando los rápidos perros.  
 Éstos estaban demasiado lejos de los leones para morderlos; 585  
 se detenían muy cerca y ladraban, pero los esquivaban.

El muy ilustre cojitranco realizó también un pastizal  
 enorme para las blancas ovejas en una hermosa cañada,  
 establos, chozas cubiertas y apriscos.

El muy ilustre cojitranco bordó también una pista de baile 590  
 semejante a aquella que una vez en la vasta Creta  
 el arte de Dédalo fabricó para Ariadna, la de bellos bucles <sup>305</sup>.  
 Allí zagales y doncellas, que ganan bueyes gracias a la dote,  
 bailaban con las manos cogidas entre sí por las muñecas.  
 Ellas llevaban delicadas sayas, y ellos vestían túnicas 595  
 bien hiladas, que tenían el suave lustre del aceite.  
 Además, ellas sujetaban bellas guirnaldas, y ellos dagas  
 áureas llevaban, suspendidas de argénteos tahalles.  
 Unas veces corrían formando círculos con pasos habilidosos  
 y suma agilidad, como cuando el torno, ajustado a sus palmas, 600  
 el alfarero prueba tras sentarse delante, a ver si marcha,  
 y otras veces corrían en hileras, unos tras otros <sup>306</sup>.  
 Una núcrida multitud rodeaba la deliciosa pista de baile,  
 recreándose, y dos acróbatas a través de ellos <sup>307</sup>, 604-5  
 como prelude de la fiesta, hacían volteretas en medio.

<sup>305</sup> La isla de Creta tenía en la Antigüedad ciertas asociaciones estrechas con la danza. Por eso es normal que la representación figurativa de una danza evoque la isla.

<sup>306</sup> Se ha sugerido que el recorrido de los pasos del baile remeda el de los vericuetos del laberinto cretense.

<sup>307</sup> Después de 'recreándose' las ediciones insertan un verso coincidente

Representó también el gran poderío del río Océano a lo largo del borde más extremo del sólido escudo<sup>308</sup>.

Después de fabricar el alto y compacto escudo,  
 610 le hizo una coraza que lucía más que el resplandor del fuego  
 y también un ponderoso casco ajustado a sus sienes,  
 bello y primoroso, que encima tenía un áureo crestón,  
 y también unas grebas de maleable estaño.

Tras terminar toda la armadura, el ilustre cojitranco  
 615 la levantó y la presentó delante de la madre de Aquiles,  
 que, cual gavián, descendió de un salto del nevado Olimpo,  
 llevando las chispeantes armas de parte de Hefesto.

---

con *Odisea*, IV 17, que, según Ateneo, *Deipnosofistas*, V 181 c, correspondería a este lugar también. El resultado sería: recreándose, y entre ellos cantaba el divino aedo / mientras tañía la fórminge, y dos acróbatas a través de ellos /...

<sup>308</sup> El Océano debe de ocupar la orla exterior del escudo, igual que se suponía que ocupaba el contorno exterior de la tierra.